

ejército recaen sobre el general, sin que por esto dejen de ser el general y el ejército dos cosas distintas.

Pero la union moral puede ser mas ó menos estrecha, segun que la voluntad directora ejerce una accion mas grande, y produce por lo mismo un lazo mas estrecho y mas fuerte. Cuando llega al mas alto grado de intimidad que nosotros conocemos, es decir, cuando todos los sentimientos, todos los pensamientos, todos los actos de los seres unidos se refieren á la voluntad directora y le son atribuidos, entonces se llama *union personal*. Tenemos un ejemplo en la union de nuestra alma y nuestro cuerpo, que sin confundirse y pudiendo existir separadamente el uno del otro, están, sin embargo, en una relacion de tal manera íntima, que nada de lo que pasa en el uno es extraño al otro; y bajo este aspecto se les toma frecuentemente por una unidad simple, y por eso ha habido hombres que han dudado unos de la existencia del cuerpo y otros de la existencia del alma.

Con el auxilio de estas ideas sobre la union moral, hecha ya personal, nos será fácil concebir el modo con que se verificó la encarnacion del Verbo.

En el casto seno de la Virgen María se formaron por el Espíritu Santo una alma y un cuerpo humanos, preservados así de la corrupcion original que les hubiera comunicado la generacion de Adam. Pero este cuerpo y esta alma no componian solos una persona, como sucede con los demas mortales: unióse desde luego á ellos la voluntad del Verbo Divino, sin dejar las alturas del cielo, sin tener necesidad de abatirse á la tierra; pues que el espacio, ese resultado de nuestra debilidad y de nuestra nada, no existe para ella; descansa sobre ese cuerpo y esa alma con la energía necesaria para constituir la union personal; y así es cómo las tres sustancias diversas, el cuerpo humano, el alma humana y el Verbo de Dios, concurrieron á la formacion de la persona de Jesucristo.

Tal es la doctrina eminentemente filosófica que la Iglesia

espone con relacion á esta obra divina, la mas grande y la mas incomprendible. Esta doctrina, aunque descansa enteramente sobre las ideas de la mas elevada metafisica, se encuentra en tal armonía con lo verdadero y perceptible, que da una solucion satisfactoria al espíritu en todas las cuestiones que pueden hacerse sobre el misterio: ella responde á todas las objeciones emanadas de las contradicciones aparentes que resultan de estas proposiciones sin embargo absolutamente justas: Dios hombre, Dios paciente y Dios muerto, que no vienen á ser mas extraordinarias que las comunes de: mis ojos han visto, mis oidos han escuchado, mis miembros han sufrido, por las cuales atribuimos á los cuerpos los fenómenos que no pertenecen sino á el alma, pero que no llegan á ella sino por la interposicion del cuerpo, al cual son comunes en virtud de la union personal. Dios sin duda, considerado en su esencia infinita, eterna, impasible, no puede nacer, sufrir ni morir, pero puede obrar todas estas manifestaciones por medio de una alma y un cuerpo que se haya escogido, que le esté unido por la union moral, tan íntima de la persona: así pues, se podrá decir sin incurrir en un absurdo: el alma de Dios, el cuerpo de Dios, y todo lo que ellos experimentaron de gozo ó dolor, no pertenecia á este cuerpo, á esta alma, fraccion de persona, sino á la voluntad divina, lazo, complemento y centro de la personalidad. Del mismo modo esta union, que en nosotros solo se efectúa en un punto del tiempo, no afecta en nada la inmutabilidad de la esencia divina, pues que la union moral deja las sustancias diversas perfectamente independientes, pudiendo operarse un cambio en una sin operarse en la otra. Además, reproduciéndose la existencia de Dios en el seno de la inmóvil eternidad, se representa en todos los caracteres, y no debe juzgarse por nuestras existencias efímeras, gotas de agua arrojadas un instante en el seno del tiempo inestable, para volver hácia el océano de la eternidad, con



mas rapidez que la corriente de los rios se precipita en el océano de las aguas.

Dios, pues, ha encontrado el medio de acercarse á nosotros por la intermediacion de un cuerpo y de una alma semejantes á los nuestros, con la escepcion, sin embargo, de la corrupcion original, con la cual ninguna alianza le es posible: él ha habitado entre nosotros, se ha hecho realmente hombre, pero con la pureza de nuestra naturaleza primitiva; y Jesucristo, ese Dios-Hombre en quien Adam no ha pecado, que Satanás no puede reclamar como suyo, constituyéndose jefe y soberano de la humanidad, la resume en él; viene, y por el efecto de la union moral su verdadero representante, la regenera asociándola á la pureza de su naturaleza, revistiéndola á los ojos de Dios, segun el pensamiento de S. Pablo, como de un vestido resplandeciente y puro; derramando sobre ella las aguas del bautismo, para hacerla morir para el pecado; cubriéndola con su poderosa mediacion, para sostenerla, fortificarla, protegerla, interponiéndose sin cesar entre Dios y ella, á fin de detener los dardos de la justicia eterna y comunicarle los dones de la gracia; entre ella y Satanás, para preservarla de los ataques de este antiguo é implacable enemigo del linaje humano.

La humanidad no existe ya por Adam, fuente emponzoñada de donde traia la corrupcion y la muerte; no existe sino por Jesucristo, fuente inmaculada de donde emanan la sabiduría y la vida: es de Él de quien recibe por todos los vasos y todos los veneros que conducen la vida y el espíritu el crecimiento que le comunica por la eficacia de su influencia; Él es el tronco y nosotros debemos ser los engertos de este tronco para participar de la abundancia de la savia, para crecer y llegar al estado de perfeccion, á la medida de la edad completa de Jesucristo. "Yo soy la verdadera viña, nos dice él mismo; y como la rama de la viña no puede dar por sí misma el fruto si no permanece unida á la cepa, del mismo modo vosotros no podréis dar fruto si no permane-

ceis en mí. Yo soy la cepa de la viña y vosotros sois las ramas. Aquel que permanece en mí y yo en él, dará muchos frutos, porque sin mí no podeis hacer nada: el que no permanece en mí será arrojado fuera como el sarmiento: se secará y se le recogerá para arrojarlo al fuego.¹" "Jesucristo, dice tambien San Pablo, es la cabeza de la Iglesia, el príncipe, el primero á renacer de entre los muertos; á fin de que sea el primero en todo, porque el Padre se ha complacido en poner en él la plenitud de todas estas cosas. Él es por quien tenemos los unos y los otros acceso cerca del Padre en un mismo espíritu. Nosotros no somos ya extranjeros ni gentes estrañas; somos ya de la ciudad de los santos y de la casa de Dios, edificio que siendo construido sobre Jesucristo, principal piedra angular de él, se eleva y se aumenta en sus proporciones hasta llegar á ser un templo consagrado al Señor.²"

El fin del mundo antiguo ha llegado; el hombre envejecido ha sido sacrificado con sus concupiscencias; la tierra va á marchar hácia su fin bajo un nuevo estandarte; el reino del pecado está destruido; el reino de la gracia comienza; reino del hombre nuevo, criado en la justicia y en la verdadera santidad.

Así, para concluir con las hermosas palabras del gran Apóstol, ese Jesus que teniendo la naturaleza de un Dios, no ha creído que fuese en él una usurpacion igualarse á Dios, se ha anonadado sin embargo tomando la naturaleza de esclavo, haciéndose semejante á los hombres, y siendo tenido por hombre en todo lo que parecia en su exterior. Él mismo se ha abatido haciéndose obediente hasta morir, y en la muerte de cruz. Es porque Dios lo ha elevado y le ha dado un nombre que es superior á todos los nombres; á fin de que á ese nombre de Jesus, toda rodilla se doble en el

1 San Juan, cap. 15.

2 Coloss., cap. 1; y Efés., cap. 2.

cielo, sobre la tierra y en los infiernos, y que toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios su Padre.¹

CAPITULO XI.

La cruz ha sido una expiacion suficiente del pecado.

Si se quiere conocer la fuerza del veneno que la primera falta habia inoculado en nuestras venas, que se medite un instante en todo el mal que se ha hecho, se hace y se hará todavía en la tierra: que se tenga el valor de contemplar un momento la estension y la profundidad de la repugnante y espantosa llaga de nuestra naturaleza; que se imagine, si es posible, en qué multitud de crímenes, atrocidades, torpezas é infamias se halla nuestro desgraciado globo envuelto; pero no se sabrá hasta qué grado de horror deba uno detenerse para no quedarse mas abajo de lo cierto; y se comprenderá que solo Dios en la eterna balanza de su justicia puede apreciar el enorme peso de las iniquidades terrestres. Entretanto, está escrito en caracteres indelebles en la conciencia de los individuos y en la conciencia de los pueblos, que el mal una vez cometido, no desaparece; que vive produciendo la muerte; que permanece en el alma del culpable, y le imprime una horrible marca; que pide un castigo proporcionado, y que no se borra sino por medio de una expiacion suficiente. Que cualquier hombre se pregunte, y oirá en el fondo de su alma una voz que le responderá: "todo el que se hace

¹ Philipp., cap. 2.

culpable merece castigo." Donde quiera que se dirija la vista sobre la tierra, se encuentra el instrumento del castigo, desde el azote de esparto del padre, hasta el hacha del ejecutor de la ley; y si no fuese así, cómo se impediría que el mal, desbordándose, rodase como un torrente impetuoso arrasándolo todo en su camino?

La humanidad, pues, ha sentido que el mal atraia la venganza del cielo, y reconociéndose culpable, se ha estremecido, ha elevado sus manos hácia él, conjurándole acordase su perdon, y esforzándose en aplacarle por el sacrificio de lo mas agradable, de lo mas necesario, y de lo que en un todo le era mas querido.

Hemos visto en el penúltimo capítulo que la sangre de innumerables víctimas, y hasta de víctimas humanas, se habia derramado á torrentes en los altares; pero todas estas expiaciones, y todas las que hubiesen tenido lugar en los siglos futuros, ¿podian llenar la inmensa sima abierta por el crimen? ¿Podia el hombre sufrir tanto, sufrir, sobre todo, de una manera bastante meritoria para que la mancha de su alma quedase borrada al mismo tiempo que alcanzase la remision del pecado? Graves son estos problemas, y como ellos tienen relacion con un orden de cosas que pasa mas allá de los límites del espíritu humano, ninguno habrá que pueda lisonjearse de resolverlos. ¿Quién puede saber, en efecto, lo que es el mal, por ligero que se le suponga? ¿Quién se atreverá á pesarlo en una balanza terrestre, cuando Dios viene á colocarse en uno de los platillos? ¿Quién establecerá una justa proporcion entre una falta y el castigo que ella merece, puesto que una falta cualquiera tiene por término necesario y final la muerte, y la muerte del Ser por escelencia, de Dios, si podia contagiarle de esta lepra? ¿Dónde habrá en el sufrimiento de un ser finito la ecuacion posible con lo que va á atacar nada menos que al Ser infinito? Y esto aun ignorando si aquel que sufre se arrepiente, que seria preciso penetrar en los mas recónditos senos de su alma, para discernir